

Acababan los dos de subir las escaleras que conducían al muelle, cuando fueron interpelados por dos Vigilantes colocados en lo alto de la escalera.

—¿De dónde venís?—les preguntaron.

—De dar un paseo por el río,—dijo Lionel Murdon, con un acento marcado inglés, que exajeraba á propósito.

—¿Un paseo en barca á las once de la noche, en el mes de diciembre, y con esta horrible niebla?

—Pues bien, es que me he perdido,—dijo Lionel riendo,—pero no nos ha sucedido accidente ninguno; hemos tenido frío, y así es que tenemos prisa por llegar á casa.

—¿Dónde vivís?

—En el Gran Hotel. Después de almorzar mi compañero y yo, hemos tenido el capricho de llegar por el Sena hasta Vitry, sin pensar que nos sorprendería una niebla tan densa. ¿Podríais indicarnos una estación de carruajes.

—Ahí tenéis una.

—Gracias.

Y Lionel tomó el brazo de Luciano, como si acabara de hablar con curiosos y no con Agentes de la Policía. Su serenidad les había salvado.

—Son caprichosos estos ingleses,—decía uno de los Agentes de Policía á su compañero, siguiendo con la vista á nuestros dos hombres.

—Todos son iguales. No irán á dar un paseo en un día bueno, y se van por el río en un día de niebla.

—Están en su derecho: nosotros nada tenemos que ver con ellos.

—No, pero es sospechoso ver salir así, del Sena, en noche semejante á dos individuos. Si hubieran tenido mala facha, los conduzcó al puesto de Vigilancia.

Entretanto Lionel y Luciano tomaban un coche y se hacían conducir al Gran hotel, por si observaban los Agentes de Policía ó les seguían. Llegaron, despidieron el coche, entraron un momento en el hotel, salieron después, dirigiéronse hacia la *Magdalena*, levantando los cuellos de sus paletots, precaución harto natural en una noche tan fría, y cuando ya en buscaban un carruaje, fueron interpelados de esta suerte por un cochero de los que estaban de punto:

—Si váis á Passy, caballeros, estoy á vuestras órdenes.

—¡Calla! ¿sois vos?—dijo Lionel.

Acababa de reconocer al cochero que le había conducido tantas veces desde la calle de Ranelagh á Paris; era el hombre que necesitaba para enviarle á buscar á Susana á Montmartre, y conducirla á Passy. Dejó caer el cuello de su paletot, se hizo reconocer del auriga, y en voz baja le explicó lo que de él quería. Ya sabemos hasta qué punto podía contar con aquel hombre. Mientas Lionel y Luciano se dirigían á la calle Ranelagh en otro coche, el cochero comprometido se detuvo en la plaza de la Opera... Allí le encontró Mourad-Bey, y modificó en un punto muy importante las órdenes de Lionel.

VIII

Susana experimentó todo el día la más viva ansiedad. A las diez de la mañana se puso en la ventana, esperando ver á Lionel llegar de un momento á otro á decirle, que la evasión no había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No 1625 MONTERREY, MEXICO

podido tener lugar. A la una, su alegría no tuvo límites... Lionel no volvía; ¡su tío se había salvado! Después nuevos temores asaltaron su mente; ¡habría sido preso Lionel! Si el fugitivo habría sido perseguido y un accidente habría sobrevenido á todos!... Su espíritu inquieto se extrañaba en mil suposiciones, presa del terror.

La tarde y la noche la pasó en mortal angustia. ¿Cómo no venían á buscarla?

Por fin un carruaje apareció en el extremo de la calle. ¿Si no se pararía en su puerta?... Pero el coche se detuvo, y nadie bajó. Susana lanzó un grito de alegría. Aquel carruaje le decía: ¡Vuestro tío se ha salvado, os aguarda!

Se envolvió en un abrigo, que tenía preparado, se echó la capucha, bajó rápidamente, y se metió en el coche.

El cochera que le conducía llegó á la calle de Ranelagh, 48, salvó la verja que Mourad había mandado dejar abierta, y se detuvo ante la escalinata del hotel.

Susana bajó y no extrañó nada; aquella casa era semejante á la que le habían descrito; pero mientras ella subía los escalones, el carruaje se alejó rápidamente, y la verja se cerró. Al mismo tiempo la puerta de la casa se abrió, y Susana penetró en el vestíbulo rodeado de columnas é iluminado por lámparas opacas pendientes del techo.

Nadie venía á su encuentro; pero á un lado del vestíbulo una puerta entreabierta parecía indicarle que podía entrar; avanzó, preocupada, porque si sus amigos no salían á su encuentro, era indudable que no habían llegado.

Penetró en un gran salón, de techo elevado, cuyos muros desaparecían bajo ricas telas de seda y oro; ancho diván cubierto de rica sedería corría á lo largo de la estancia, viéndose, sobre la al-

fombra de Oriente, grandes almohadones arrojados en desorden.

¡Lionel no le había hablado de un salón semejante! ¿Dónde estaba?

Tuvo miedo, y como había adelantado algunos pasos, quiso retroceder, pero antes que llegase á la puerta, ésta fue cerrada con llave por fuera.

Entonces buscó una ventana para llamar, pero fue en vano.

Divisó tan solo en el muro unas pequeñas aberturas á tres metros del suelo.

¡Un silencio de muerte reinaba en aquella estancia... perfumes penetrantes que le embriagaban era sólo lo que se apercibía.

Quiso salir á todo trance de aquel sitio, corrió de un extremo á otro del salón, y se detuvo al no escuchar el ruido de sus pasos sobre la alfombra; gritó, y aquellos espesos cortinajes apagaron su voz.

Entonces inmóvil, muda, aterrada, con la cabeza siempre cubierta, á pesar del calor que se sentía en aquella estancia, se apoyó contra la puerta de entrada, lanzando en torno suyo miradas de terror.

De repente, al extremo del salón, se movió un cortinaje de seda, y apareció Mourad-Bey. Se adelantó lentamente, pálido, las piernas vacilantes, pero la mirada de una fijeza siniestra.

—Os he dejado sólo un instante para permitir os hacer algunas observaciones. Ahora que sabéis que es imposible salir, seréis razonable... Por error, sin duda, en lugar de conducirnos al número 32, de la calle de Ranelagh, donde os espera Lionel Murdon, os han hecho entrar en el 48, que es mi casa. Soy muy dichoso y trato de aprovechar mi dicha.

Mientras hablaba el árabe, Susana había recordado todo su valor, y dijo con voz firme:

—¡Abrid esta puerta!

—No lo esperéis, — dijo sonriendo.

—¿Por qué tenderme tan indigno lazo? ¿Por qué encerrarme aquí, contra mi voluntad?

—Por dos razones: la primera, porque os amo con locura; la segunda, porque quiero vengarme de vuestro padre, que ayer me ha insultado horriblemente.

—Ha hecho bien; ¡jamás caerá insulto sobre un ser más vil que vos!

—Convengo, pero estáis bajo la dependencia de ese hombre vil... que os dirá su amor y tendréis que escucharle; os estrechará en sus brazos, y nadie oirá vuestros gritos...

Sin embargo, como Susana permanecía inmóvil, quiso avanzar, y pálido como ella, con la mirada vaga, aunque su voluntad le impulsaba hacia adelante, su cuerpo no le obedecía.

De repente, y al intentar dar un paso en su dirección, sus piernas se doblaron y cayó sobre un almohadón. Al mismo tiempo Susana oyó abrir la puerta, contra la cual se apoyaba... ¡era indudable que alguien acudía en su socorro!

La puerta se abrió; alguien la cogió por el brazo y la arrastró al vestíbulo.

*
**

Pocos instantes después, en el mismo sitio donde estaba Susana de Bussine, Mourad apercibió á Fatmah, rígida é inmóvil, apoyada sobre la puerta que acababa de cerrar.

—¡Tú, tú! — balbuceó Mourad.

—Sí, — dijo lentamente; — he salvado á la que querías perder, y vengo á morir contigo.

—¡Morir! ¡morir! ¿por qué? El calor de esta habitación, los perfumes que aquí se respiran

me han producido un desvanecimiento... Pero ya estoy bien; puedo levantarme.

—No, no puedes.

—¡Todo cuanto he querido lo he podido hasta hoy!

—Prueba y verás.

Se abalanzó hacia unos ricos almohadones que había cerca de él, y trató de levantarse apoyándose en ellos; esfuerzo inútil: sus piernas, débiles un momento antes, estaban ya inertes.

—Ya ves, — dijo Fatmah, — cómo la voluntad no basta siempre; conservas tu inteligencia, tus facultades morales; pero has perdido la facultad del movimiento. Tus fuerzas no te obedecen y la materia triunfa del espíritu.

—Es cierto, es cierto... pero, ¿qué es lo que pasa por mí?

—Vas á saberlo. Hace un momento, cuando me arrojabas de aquí para recibir á otra mujer, te he dado un último abrazo, y te has pinchado en el cuello con un alfiler. Ese alfiler está emponzoñado con un veneno procedente de nuestro país, narcótico que paraliza el cuerpo antes de apagar la inteligencia, que no hace sufrir físicamente, pero que sufre el espíritu al verse morir... ¡Sufrir, pues, como me has hecho sufrir, Mourad!

Aterrado, no respondió, y Fatmah continuó con acento lento, tranquilo, irónico:

—Un día, en nuestro país, me elegiste entre todas, y me dijiste: *Tú sola eres bella, y sólo á ti te amo*; ¡te amé con locura, con todo mi sér, con toda la pasión de que es capaz mi alma de fuego! Tenía rivales, sí, lo sabía, pero era preciso tolerar las costumbres del país... yo no era más que una esclava, y tú tenías mujeres legítimas... Me dijiste: *Quemo mi Palacio, las abandono á todas, te llevo á Europa, y no te apartarás de mí*. Entonces creí guardarte para mí sola, y

en mi alma se desbordó la alegría; pero en París, mi alegría se tornó en suplicio: tú no me habías traído por amor, sino para servir á tus planes, para ayudar á tu venganza, para ser un objeto de lujo y un cómplice en tus fines. De esta casa, que yo creía mía, has hecho tu *harén*: me has obligado á soportar aquí el espectáculo de nuevos amores... Cansada de sufrir, Mourad, te he dado muerte; pero como te amo, á pesar de tus ultrajes, voy á morir contigo, á tu lado, como hubiera querido vivir.

El la oía, pero no podía verla ni hablarla; el veneno continuaba su obra de destrucción; la congestión era espontánea, la respiración difícil, y sin embargo, la inteligencia, siempre activa, tenía conciencia de la destrucción de aquel cuerpo, vida de su alma. Encontrábase, como dijo el sabio Claudio Bernard, *encerrada viva dentro de un cadáver*.

Este terrible espectáculo no logró aterrar á Fatmah; arrancó de sus trenzas un largo alfiler de cabeza de oro y punta de acero, levantó la manga izquierda de su túnica, y sin vacilar, casi sonriendo, aplicó dos veces en el brazo su lacerada punta.

Después sacó un papel oculto en su pecho, le atravesó con el mismo alfiler, y clavó éste en la seda de un diván.

Entonces, lentamente se acercó á Mourad, se tendió á sus pies en la alfombra, y con el pecho apoyado en el almohadón en que estaba sentado, aguardó la muerte.

En breve se confundieron las dos agonías.

Al día siguiente de la *expulsión* de Mourad, por la mañana, el Presidente del Club, la Junta de Gobierno y algunos socios con el señor X..., que había solicitado reunirse á ellos, celebraron Junta para acordar las medidas que debían adop-

tar. La opinión general era guardar silencio y contentarse con la expulsión; pero la escena provocada por Bussine era ya conocida en todo París, y antes de que la prensa diera la voz de alarma, era preciso, para no ser acusados de complicidad con Mourad-Bey, darle aviso á la Policía, decidiéndose que iría el Presidente con una comisión de sus colegas á dar cuenta al Prefecto de lo ocurrido en el Club la noche anterior.

Aquel funcionario fue de parecer que habiendo producido la escena tan marcado escándalo, la Justicia no podía permanecer impassible, y exigió una declaración en regla para declinar sus poderes en el Comisario de Policía, y que éste procediese contra Mourad.

El Comisario se dirigió á la calle del Circo, al Palacio de Mourad, donde le dijeron que el dueño había salido la víspera á las cinco, y no había vuelto, y que probablemente estaría en París, en casa de su amada, una circasiana que había traído de Túnez.

Media hora después, el Comisario de Policía se presentaba en la calle Ranelagh, núm. 48. La casa, herméticamente cerrada, parecía desierta, y no lograron entrar en ella sino después de vencer serios obstáculos.

Una vez en el salón morisco, hallaron los cuerpos inertes de Mourad y Fatmah.

El Comisario pensó primero en un crimen; pero luego observó el papel clavado por Fatmah, en el cual, leíase:

Mi señor se ha dado muerte, y muero con él: este alfiler, emponzoñado con el veneno llamado ourari, nos ha dado muerte á los dos.

Llamóse al punto á un médico, y se le preguntó:

—¿Conocéis este veneno, del que oímos hablar, por vez primera?

—Es un veneno indio, que llamamos vulgarmente *ourari*, — dijo el doctor.

—¿Pero dónde está contenido el veneno? ¿Cómo ha podido absorberle el cuerpo?

—Si lo hubieran absorbido, no hubiera producido ningún desorden en las vías digestivas; este veneno no obra más que bajo la epidermis por medio de una picadura.

—¿De modo que este alfiler?...

—Está emponzoñado, como las flechas de ciertos pueblos salvajes; el *ourari* tiene por base una planta vegetal; y un arma, una flecha, un alfiler cuya punta esté impregnada en esa sustancia, puede conservar largos años sus propiedades mortíferas.

—Pero no se advierten más que en el brazo de esta mujer y en el cuello del hombre, picaduras insignificantes, sin la menor inflamación.

—Precisamente, señor; la llaga emponzoñada por el *ourari* no presenta ninguna irritación, por que este veneno no posee ningún cáustico. Penetra en la sangre, extingue las propiedades de los nervios motores, aunque todavía se conserven los de la sensibilidad.

—Entonces, doctor, ¿creéis que debe darse fe á este escrito y á este alfiler?

—Completa; además, el experimento es fácil, y nuestros químicos especialistas no dejarán de hacerlo.

El suicidio de Mourad y Fatmah fue, pues, verificado de un modo cierto, y las pruebas morales se unieron á las materiales: Mourad-Bey se había dado la muerte por no sobrevivir á la vergüenza de un proceso, y su esclava por morir con él.

*
*
*

En cuanto supo por el Presidente del Club que iba á intervenir la Justicia en el asunto de Mourad-Bey, el señor X... se dirigió á casa de Sivasti.

Este, muy asombrado por no haber recibido aquella noche la visita de su socio, se había acostado á las cinco de la mañana, y acababa de levantarse cuando llegó el señor X... Mandó que le introdujeran, y el recién llegado, con la sonrisa en los labios, le dijo:

—Adelanto la hora de nuestra cita, porque creo que deseareis informes del extremo del señor de Bussine.

—En efecto, me interesa mucho.

—Pues bien: todo ha pasado como vos deseábais; en el momento fijado, mi discípulo ha tomado la *banca*, y en breves momentos ganaba más de doscientos mil francos.

—¡Ah! muy bien, me felicito de ver que ha aprovechado vuestras lecciones.

—¡Maravillosamente! — dijo el señor X... sonriendo con ironía. — El señor de Bussine ha *deslizado las cartas* con una destreza admirable; pero temo que no quedéis satisfecho de él en un concepto.

—¿En cuál?

—En que en lugar de conservar para él y para vos el dinero ganado, se le ha devuelto á los que le han perdido.

—¡Qué decis! No comprendo...

—Pues es muy sencillo. Mi discípulo es lo que podríamos llamar un *griego* recalcitrante; se ha visto acometido de súbitos remordimientos, ha hecho confesiones terribles, y hasta ha nombrado las personas que le han arrastrado á esta nueva explotación...

—¿Y os ha vendido?

El señor X... se acercó más á Sivasti, y mirándole de frente, le dijo.

—No, me ha tenido consideración; pero se ha mostrado muy claro con vos y con vuestro amigo Mourad-Bey.

Este nombre, pronunciado así, tan de repente, hizo palidecer á Sivasti; pero aún tuvo bastante imperio sobre sí para exclamar:

—¿Qué tiene que ver aquí Mourad-Bey?

—¿No es vuestro asociado, vuestro cómplice... vuestro Jefe más bien? Yo lo sabía; se lo dije en confianza al señor de Bussine, y éste se apresuró á repetirlo anoche en la *mesa* de juego delante de todo el mundo. Hasta se ha permitido explicar, con todos sus detalles, el método con que procedíais para explotarnos. No os admiréis: os dije un día en que me amenazábais, que sabría vengarme, y ya veis que lo he cumplido: os he dado gusto.

—Pues bien, si os habéis vengado, como decís, yo debo seguir vuestro ejemplo, y sin ocuparme para nada de Mourad-Bey, á quien no conozco, me ocuparé de mí. Me habéis vendido, os venderé á mi vez.

—Lo dudo, —dijo X... fríamente, — porque mi venganza ha arruinado vuestra industria. La justicia no tendrá contra vos ninguna prueba material; pero vuestros Agentes secretos, que están deseando como yo vengarse, declararán contra vos; los conozco, y los nombraré. Así, pues, guardaos de hacerme daño. Bajo el punto de vista criminal, estáis en salvo; nadie se mete con vos; pero si os tienta el diablo y hacéis algo en contra mía, yo hablaré á los otros, á los cinco que reciben órdenes vuestras, y todos unidos diremos tanto de vos, que os será difícil escapar. Así, pues, seguid mi consejo.

—¿Qué consejo?

—Pasaréis al extranjero sin perder un instante, y sin ocuparos de Mourad-Bey, que á estas

horas habrá emprendido la fuga. Vuestra ruina es indudable, pero en cambio vuestra seguridad es notoria; huid, pues, y ved cómo sé cumplir mis palabras.

Saludó con la distinción que le era habitual, y se retiró con la misma tranquilidad que quien ha hecho una visita de cortesía.

Sivasti, sólo, reflexionó un instante; encontró prudente el consejo, por lo menos en parte, guardó en el bolsillo toda la fortuna robada, salió de su casa, y se dirigió á la de su querida actriz para aguardar los sucesos.

A las cinco, los periódicos de la tarde le hicieron conocer el fin trágico de Mourad, y aquella misma noche emprendió la fuga.

IX

Por los periódicos supo también Jorge de Bussine la muerte de Fatmah, y tuvo un verdadero acceso de desesperación. Aquella hermosa criatura se le deslizaba cuando él creía que, enternecida por su amor; avergonzada del papel que había representado, resentida contra Mourad, iba á corresponder á sus favores.

Entonces apreció todas las cosas bajo su verdadero punto de vista. ¿Cómo había podido olvidar tanto tiempo á su hermano y su hija?

Breves ideas de expiación, vagas primero, claras y precisas después, dominaron su mente, y desde entonces supo lo que quería y lo que debía hacer.

Dejó su estudio, atravesó el jardín, entró en

la casa y se dirigió á la habitación de Susana. Aquella estancia estaba vacía, pero creyó oír ruido en la habitación vecina, donde no entraba de ordinario porque la disposición de aquel cuarto le recordaba la estancia en que su mujer había muerto.

Abrió aquella puerta, y entonces pudo convenirse de que salía de un largo letargo.

Lo halló todo como el día en que, después de haber perdido al juego el último billete, robado á la caja de su hermano, entró en su casa, llamado por su mujer moribunda.

Nada había cambiado; sobre la chimenea, ardían, como aquella noche, dos bujías, y en la mesa de noche una lamparilla proyectaba su pálida luz y en el lecho una enferma fijaba en él la vista, animada por la fiebre.

Eran los ojos de Enriqueta, su misma expresión, y junto al lecho, en un sillón, un hombre abismado en su dolor le miraba también y parecía decirle:

—¡Gracias á Dios! ¡Qué tarde vienes!

Era su hermano, su hermano, ¡lo mismo que aquel día! Llevó ambas manos á su cabeza, como si quisiera detener sus ideas, preguntándose si estaba loco.

Sin embargo, todo aquello era natural. Al dejar la mansión de Mourad, Susana, salvada por Fatmah, se lanzó á la calle, llegó á la casa donde la aguardaban hacía una hora su tío y Lionel; pero sólo el deseo de ver á su querido fugitivo, sostuvo sus debilitadas fuerzas.

Luciano y Lionel, al verla en aquel estado de abatimiento, quisieron obligarla á descansar en el lecho; pero ella, enérgica, delirante, exclamó:

—No; quiero volver á casa, á la estancia donde mi madre ha muerto.

Ni súplicas ni razones pudieron convencerla,

y en carruaje la transportaron á Montmartre; el fugitivo de Melun, olvidando la prudencia, no quiso abandonar á su hija querida.

Jorge, repuesto de su asombro, olvidando el pasado para pensar en el presente, sin darse cuenta de la verdad, comprendió que Susana ocupaba el lecho de su madre... y Luciano, ¿por qué estaba allí Luciano? ¿Había obtenido su perdón?

Sin atreverse á dar un paso, inmóvil, mudo, sus miradas pasaban de su hermano á su hija... Por fin se adelantó, cayó de rodillas entre ambos y ocultó el rostro. Sintió que su hermano le cogía una mano, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Luciano, acercóse á su oído y murmuró:

—Le perjudica toda emoción: ven.

Le arrastró á la estancia contigua, y dejó la puerta entreabierta.

—¿Desde cuándo está mala? ¿Qué tiene?

—Desde esta mañana. Anoche tuvo una impresión violenta, después una gran postración... El médico dice ha tenido una fiebre cerebral: pero esta tarde nos ha tranquilizado; la cabeza está menos congestionada, el pulso menos frecuente...

Pasaron algunos minutos, y, débilmente, casi con temor, exclamó:

—Por fin estáis libre, hermano mío. ¿Habéis obtenido vuestro indulto?

—No: me he fugado.

—¡Gran Dios! ¡Y os buscarán... pueden encontraros!...

—Pero aquí no vendrán; no saben que eres mi hermano, que Susana es mi sobrina.

—No: he seguido vuestras órdenes. El viaje de tres años ha hecho perder mi huella; pero en la causa que os han seguido...

—El nombre que tú llevas, no se ha mezclado en ello para nada.

—¿Y no teméis que alguien os haya seguido, que os hayan visto entrar en esta casa?

—Me han visto, en efecto; pero me han tomado por ti y me han saludado.

—Es verdad, creo que nos parecemos más que nunca; hasta nos creerán de la misma edad. Mis desórdenes, que me han hecho tan distinto á vos en el orden moral, me han hecho enteramente igual en el físico... Y así os digo, —repuso con firmeza, aunque con lágrimas en los ojos, — que vuestro sitio está aquí, al lado de Susana, de quien sois verdadero padre. Si alguno debe volver á la prisión, no seréis vos; ocupásteis en otro tiempo mi lugar, hoy tengo el derecho de ocupar el vuestro. *Desde ahora, yo soy Luciano Lecomte; vos Jorge de Bussine.* Ya que, gracias á vos, este nombre no se ha manchado en el proceso, aprovechadle; yo paso por jugador, ¡y jugador desgraciado!... ¡Esto me deshonra! Yo expiaré desde ahora mis faltas, y mereceré vuestro perdón, con la estimación de mi hija.

—Lo que acabas de decir me ha conmovido profundamente. Veo que los proyectos que fundo sobre tí pueden realizarse.

—¿Qué proyectos?

—El señor Lionel Murdon me ofrece un asilo en Londres y una colocación; ven conmigo, trabajarás á mi lado, me ayudarás.

—¿Y como podréis pasar al extranjero? Os detendrán antes de llegar á la frontera.

—Aguardaré á que las pesquisas sean menos activas.

—¿Y permaneceréis hasta entonces prisionero en esta casa? No lo consiento, harto tiempo habéis estado privado de libertad.

En aquel momento por la puerta entreabierta llegó hasta ellos la voz de Susana que decía:

—¡Padre, padre!

—Id, —murmuró Jorge á Luciano, —á vos es á quien llama.

* * *

En la Prefectura de Policía existe una oficina llamada de *investigación*, que depende de la *división primera*, y que se ocupa, como indica su nombre, en vigilar las casas de juego.

De éstas hay muchas en barrios populosos en habitaciones elegantes, y otras muy miserables en la proximidad de las estaciones, junto á los mercados, en el Barrio Latino y en las afueras; unas alojadas en el sexto piso, otras en sótanos, donde florece, como si dijéramos, la *baja Grecia*.

Los *griegos* de esta categoría, merecerían un estudio especial; pero esto está fuera de nuestro plan, y diremos únicamente que la concurrencia habitual de esta casas, es de *caballeros de industria*, licenciados de presidio, y vagos.

Generalmente estas casas están sostenidas por una mujer, y en cuanto un *indicador* denuncia una de estas casas clandestinas, el Oficial de Orden Público que manda la primera sección, delega sus poderes en un Inspector, que se introduce secretamente en el *garito*, fingiéndose un concurrente más, y da los informes necesarios del dueño y los jugadores. Después de examinar este informe, decide el Jefe si debe continuar ó cesar, haciéndose expedir una orden de reconocimiento.

Provisto de esta orden, el Jefe de servicio, con el Comisario y cinco ó seis Inspectores, penetran en el *garito*, de grado ó por fuerza.

Ocho días después de la muerte de Mourad y de Fatmah, y después de la evasión de Luciano Lecomte, el Oficial encargado de este servicio fue informado que en una casa de la calle de los Már-

tires existía uno de esos *garitos*, frecuentado por gente de mal vivir: dispuso al punto un reconocimiento, tomó sus medidas, y se presentó de pronto en un salón, donde había reunidas unas veinte personas en torno de una *ruleta*.

—¿Qué nadie se mueva, en nombre de la ley!—dijo con tono imperativo.

Al mismo tiempo los Inspectores se lanzaron á la mesa, impidiendo á los jugadores tocar al dinero que en ella había.

Los jugadores sorprendidos en un *garito*, obedecen de ordinario, sin protesta á la intimación del Comisario, para que no aparezca su nombre en la información. Los concurrentes á casas clandestinas no se asustan de la irrupción de la Policía, viven prevenidos contra ella y no arriesgan jamás su capital sobre la mesa; le tienen en el bolsillo y sacan sólo el dinero de la jugada.

El dueño, ó la dueña de la casa, son los responsables y tienen que pagar fuertes multas.

Después de hacer pasar á los jugadores á otra estancia, los van interrogando uno á uno en esta forma: ¿Vuestro nombre? ¿vuestra profesión? ¿vuestros medios de existencia? ¿por qué estáis aquí? ¿qué se juega de ordinario en esta casa? Y otros pormenores que no son del caso: y después de interrogar así á veinte personas por separado, el Comisario sabe á qué atenerse.

De este modo procedieron el Comisario y el Oficial de Orden Público en la calle de los Mártires, y en breve pudieron convencerse de que no habían sido engañados; el delito era indudable, pero no parecía sospecharse nada, ni en los circunstancias ni en los utensilios de juego; sólo una de las personas que allí había, pareció turbarse al ser interrogada.

Era un hombre de unos cuarenta años, pálido, de ojos enrojecidos, de frente surcada de

arrugas prematuras. Tenía la barba afeitada, llevando el cabello cortado, y cuando le preguntaron su nombre, contestó con visible embarazo:

—Augusto Fischer.

—¿Vuestro domicilio?

Siguió la misma vacilación, que terminó con esta frase:

—Faubourg Montmartre, 62.

—¿Es una casa amueblada?—dijo el Comisario.—¿Desde cuándo la habitáis?

—Desde hace ocho días.

—¿Dónde vivíais antes?

—Llego de provincias.

—Me parece falso; tenéis el aire muy parisién.

¿De dónde venís?

—De Lión.

—¿Os conocen allí?

—Poco.

El oficial, al que había hablado uno de los Inspectores, dijo de pronto:

—¿Afirmáis no haber sufrido ninguna condena?

Augusto Fischer se turbó.

—Sí, señor; ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque uno de mis Agentes asegura que os ha visto hace algunos años en el depósito de la *Grande Roquette*.

—Se equivoca.

Pero estas palabras fueron dichas como si aquel hombre hubiera querido infundir sospechas en vez de desvanecerlas.

—Basta por ahora,—dijo el Comisario;—os interrogaré de nuevo cuando acabe con los otros.

Le hizo entrar en una habitación inmediata, y allí solo, en lugar de parecer enojado del giro que tomaban sus asuntos, pareció satisfecho. Después se acercó á la puerta entreabierta y miró. Daba á la antesala, y en ella se paseaba un Agente con orden de no dejar salir á nadie

de la casa. Era lo bastante para no intentar huir; pero el preso pensó lo contrario: abrió la puerta, se lanzó á la antecámara, quiso pasar á viva fuerza, y, como era natural, acudieron otros Agentes, y el Comisario de Policía, declarándole en rebelión contra la Autoridad, le mandó conducir al puesto de Vigilancia más próximo.

Nueva sonrisa iluminó el rostro de Fischer: á medida que su situación se agravaba, parecía más contento.

X

Tres veces al día, unos carruajes verdes, conocidos en París con el nombre de *vinagreras*, van á recoger, á los diferentes puestos de Vigilancia, los detenidos, para conducirlos al Depósito de la Prefectura.

Augusto Fischer, poco antes de media noche, fue conducido al Depósito.

Al día siguiente, á las ocho, un Vigilante fue á buscarle para conducirlo á la Inspección, donde se reúnen los Jefes del servicio de Vigilancia, y uno de ellos, consultando las notas que había recibido del día anterior, identificaba la personalidad de los detenidos y separaba los que habían sido ya procesados de los que acababan de cometer su primera falta.

Apenas Augusto Fischer entró en la oficina, donde le aguardaban los Agentes de Seguridad, uno de ellos exclamó:

—Ese es Luciano Lecomte, fugado de la Casa Central de Melun. ¡Ah, por fin le tenemos!

El que se hacía llamar Fischer, trató de ne-

gar, pero torpemente, como lo había hecho la víspera. El Jefe de Seguridad que estaba presente, se contentó con decir:

—Id á buscar la fotografía de Luciano Lecomte.

Como todos sabemos, la Prefectura de Policía hace sacar el retrato de todo delincuente, y esta colección, de lo más precioso, escrupulosamente clasificada por orden alfabético, está en el despacho del Prefecto de Policía.

Momentos después, el retrato de Luciano Lecomte, sacado cinco años antes, era traído por uno de los Agentes. Consultáronle con el llamado Fischer, y exclamaron:

—¡Es el mismo, no hay duda! Más os vale confesar y evitaremos á todos un trabajo.

Fischer bajó la cabeza sin contestar; era una confesión. En breve, el Prefecto, enterado de que se había preso á un fugitivo de la Casa Central, le hizo conducir á un calabozo.

El error cometido por la Policía era bien claro; confundió á un hermano con otro, porque además del gran parecido que hemos hecho constar en todo el curso de los sucesos, Jorge había hecho lo posible por ayudar al error; después de cortar sus cabellos y afeitarse la barba, delató con un anónimo el *garito* donde quería ser sorprendido; y conducido al depósito, hizo constar la prisión del fugitivo de Melun.

Ahora, Luciano Lecomte podía dejar París y la Francia sin temor ninguno. Jorge, que temiendo sus escrúpulos no había querido confiarle su plan, desapareció de la casa pretextando su afición al juego, y fue, en efecto, á jugar por última vez, pero para reparar en parte tantos males como había causado con su funesta pasión.

Seis meses han transcurrido. Ha llegado el verano; Luciano Lecomte, refugiado en Londres, habita con su sobrina en una casa situada en Clapham, barrio tranquilo y retirado. Cesarina Petithomme, que ha querido seguirles, se ha encargado del gobierno de la casa, y su avaricia, lejos de disminuir, se ha aumentado con los años. Cuando se trata del bienestar de Susana, nada le parece ni bastante bello ni bastante caro.

Luciano estudia atanso la Bolsa de Londres, como estudiaba antes la de París, y sigue dando consejos á los Petithomme, que ven aumentar de día en día su capital.

Todos los días, Lionel Murdon va á hacer una visita á la que considera su prometida, y Susana, en vista de su insistencia y de tantas pruebas de cariño, le permite esperar.

Qué responderle cuando Lionel le dice: *El que os sirve de padre, es el hombre más honrado que conozco, y me consideraría dichoso llamándome hijo suyo.*

¡Cómo le amaba Susana al oírle hablar así!

El matrimonio estaba decidido; pero el padre de Susana vivía, su consentimiento era indispensable, y Susana había declarado que no se casaría mientras que su padre no pareciera.

Dejó á Luciano y á su hija en cuanto su hermano salió de la cárcel, y no se había vuelto á saber de él: todas las pesquisas de Petithomme para encontrarle, habían sido inútiles. Lionel, por su parte, las había hecho también; volvió á París, solicitado el auxilio de la Embajada Inglesa, y el Secretario le había contestado:

—Tendré tanto más gusto en serviros, cuanto no salí airoso en vuestro primer encargo. El preso, por quien os interesábais entonces, continúa preso, y el otro día he sabido que ha sido atacado de enajenación mental.

—¿Qué decis?

—Lo que habéis oído. Ayer me dió ese dato el Jefe del Ministerio á quien hice vuestra recomendación en otro tiempo. Al verme, me habló de mi protegido; me dijo que Lecomte había logrado evadirse de Melun, pero aprehendido pocos días después, le tuvieron tres meses en un calabozo... El aislamiento, la desesperación, han producido en él un efecto muy natural, y el desgraciado está loco, y su locura es de las más curiosas: sentado delante de la pequeña mesa de su calabozo, se imagina estar *tallando y distribuir cartas* sin cesar. Si gana, prorrumpe en gritos de alegría; si pierde, pide perdón á los que ama, por haberlos arruinado, por haberlos deshonorado... Declarada la locura, ha sido transportado á la Casa Central de Gaillon, que tiene un departamento especial para los enajenados.

Lionel comprendió que había encontrado al padre de Susana, Jorge de Bussine, preso en lugar de su hermano, cuando su espíritu estaba combatido por emociones sucesivas, y no habiendo tenido la fortaleza de Luciano, se había trastornado su razón.

Después de reflexionar un instante, dijo á su amigo:

—¿No se podría obtener para ese desgraciado la gracia que solicitamos en otro tiempo? Ya no es un criminal, es un enfermo. Me intereso lo bastante por él para llevármelo á Inglaterra y librar á la Administración de esa carga enojosa. ¿Queréis hacer gestiones en este sentido?

—Sí, con mucho gusto, y en estas nuevas condiciones creo que lo conseguiré.

En efecto, pocos días después, Jorge de Bussine, con Lionel y un médico alienista, llegaban á Londres, á casa de su hermano y de su hija; un

tratamiento inteligente y cuidados afectuosos, le volvió la razón; ha vuelto á tomar sus pinceles, trabaja y no juega, ni aun de imaginación.

Su curación se ha festejado con el enlace de Lionel y Susana: para este acontecimiento, Cesarina ha consentido en estrenar un vestido, pero de seguro no se lo volverá á poner, y Susana le heredará con el millón ó acaso con los dos millones que posee el matrimonio Petithomme.

Sivasti, arruinado por haber querido mucho á las mujeres, se ha vuelto á Tunez, donde tiene un café.

Sus antiguos Agentes los *griegos*, continúan *trabajando* discretamente en diferentes Clubs de Paris, pero, por su cuenta.

El señor X... se ha retirado á la vida privada.

FIN

